

Las fases de la terapéutica que constituyeron respetable cuerpo de doctrina hasta cerca del siglo XVIII son las someramente indicadas, puesto que si bien el metodismo, el yatro-quimismo y el yatro-mecanismo, llegaron á constituir escuelas que tuvieron eminencias de reconocido talento, no alcanzaron la categoría de doctrinas, porque sus fundamentos basados, sino en teorías siempre engañosas por exageradas; carecieron ellos de universalidad de observaciones y principios, pues que partían de un hecho particular para deducir conclusiones generales.

A pesar de sus esfuerzos, ni Asclepiadas de Prusa y su discípulo Themison de Laodicea pudieron resolver ningún problema con su sistema dicotómico del *strictum* y *laxum* y semeja un sueño, sin la influencia de los tiempos, que llegasen á imponer una doctrina cimentada en la abertura y cierre de imaginados poros. Igual ó parecido juicio merece el yatro-quimismo, no obstante ser sus progenitores Parecelso y Van-Helmont; los agentes medicamentosos de composición supuesta, como la etiología morbosa, debían obrar como eficacias químicas capaces de contrarrestar los efectos mentidos de las fermentaciones, alteraciones humorales, acideces, alcalinidades: cupo transitoria suerte al yatro-mecanismo de Borellí y Boerhave por su exclusivismo.

Pretender que la fisiología humana aclara su mecanismo sólo por hechos de hidráulica y mecánica y explicar luego los trastornos patológicos como desviaciones de arquitectura, eran ingeniosas y peregrinas hipótesis que se derrumbaron al menor empuje racional. Reseñadas algunas doctrinas terapéuticas y los sistemas que podríamos denominar antiguos con la telegráfica rapidez precisa en esta disertación, tócanos indicar con no menor velocidad, ciertas ideas modernas hasta llegar á nuestros días. Empecemos por el vitalismo de Barthez ya señalado con el nombre de animismo por Stahl y de cuya idea se apoderaron las celebridades médicas de Montpellier para componer la doctrina vitalista en fisiología, seguir en terapéutica, las huellas del hipocratismo y del empirismo pretendiendo como integrales consecuencias de su escuela, que

los agentes farmacológicos actuaban sobre la fuerza vital que esta directriz en el concepto clínico, era fuerza curativa, que la vida es causa de la organización y que la terapéutica más recursos hallaba en la naturaleza que en los fenómenos fisiológicos del cuerpo.

Si la autocracia de la fuerza vital prevaleciese y se aplicara con rigorismo lógico, cruzaríase de brazos el médico, y la medicina retrocedería á sus tiempos prehistóricos, constituyendo tal retroceso la negación de todas las indiscutibles conquistas que las enseñanzas de los siglos han escrito en el libro del arte terapéutica; sólo que estos sectarios, curándose en salud, afirman que la misión capital del arte es, ayudar á la naturaleza con intuiciones y reglas más especiosas que exactas.

Escuela opuesta á la vitalista es la organicista de Rostan; admite ella que la vida es el resultado y no la causa de la organización, siendo de consiguiente la sustancia organizada la enferma y no el hombre. Tales instituciones, con diferentes vocablos, no son otra cosa que el espiritualismo y materialismo de las primeras escuelas fisiológicas que ya pretendieron averiguar la esencia de la vida con su laberíntico funcionalismo, lucha que prosigue y probablemente proseguirá interín haya inteligencias y problemas que resolver. Rostan, célebre médico francés pretendiendo convertir el hombre en órganos únicos capaces de enfermar, ha tenido precisión de una terapéutica en consonancia con el principio *órganos sanos funciones normales; órganos enfermos funcionales anormales* y de admitir variedades según la naturaleza de las dolencias que afectaban á los órganos. Siendo innegable el antagonismo de la escuela de París con la citada de Montpellier, resultó de tal divergencia la apasionada división de los médicos sin que unos y otros cedieran en sus opiniones por tener argumentos de valía con que sostener sus principios.

Sin género de duda la escuela organicista, abrazada con entusiasmo por afamados clínicos, ha facilitado grandes recursos á la patología, progresando de una manera indubitable la ciencia del diagnóstico y de consiguiente, la curación de gran

número de enfermedades, se ha hecho posible gracias á los progresos cada día mayores de la anatomía patológica, de la histología y á los poderosos medios que facilitan á la medicina sus ciencias auxiliares. El gran Bichat con sus estudios anatomo fisiológicos, es quién dió la teoría científica al organicismo, apoyo y crédito le prestó el Danton de la Medicina, forma práctica Rostan, Buillaud y la constelación de sabios que, afiliados luego al celularismo consideraron el pristino organismo como emanado de la célula, última expresión histológica de donde se pretende hacer dimanar la vida y de consiguiente el terreno primordial donde los agentes farmacológicos ejercen su acción terapéutica.

Ante la filosofía médica, cada escuela, al apoyarse ora en el sólido, en el humor, en el tejido, en el órgano, en la célula, en el núcleo ó en el plasmodio, no hizo sino trasladar el problema de la vida á otro punto organizado... alejarlo.

De la propia suerte que las doctrinas antiguas tuvieron sus sistemas que en forma de esquejes retoñaron para contribuir con nuevas ideas á fundamentar las adquiridas del tronco de donde arrancaban, prosigue en las doctrinas últimamente citadas la serie de brotes científicos que someramente detallaremos para dejar menos incompleto el estudio de las diversas fases que vienen sucediéndose en el estudio de la terapéutica; indiquemos en primer lugar el *brownismo*.

Dícese que debió su origen á la animadversión de Brown hacia su maestro y protector Cúllen. El médico escocés Brown, recogiendo las enseñanzas de Glisson, Háller, Hoffman, Cúllen y otros fundó un nuevo sistema parecido al *metodismo* antiguo que sedujo por su sencillez; pero adolece del defecto inherente á todo sistema exclusivo, de repugnar á la razón y la experiencia, siendo los conceptos de *asténia* y *esténia*, insostenibles á despecho de los poderosos esfuerzos retóricos de su autor que pretendió defender con aparente lógica su dicotomía patológica, sostenida en la *incitación* y la *incitabilidad*. Su terapéutica le contraía á señalar agentes capaces de estimular en las enfermedades *asténicas* y disminuir la incitabilidad en las *esténicas*. Atacando con dureza, arrebato,

elocuencia y entusiasmo á Brown, apareció el elocuente Broussais, quien no consideró otra fuerza patogénica que su imaginada irritación, basando su terapéutica en los antiflogísticos para neutralizar el esfuerzo del *estímulo* causa de todas las dolencias.

Bautizó el sistema con el nombre de *doctrina fisiológica*, por su pretendida base en los estudios anatomo fisiológicos, empero nadie que serenamente estudie la patología podrá sentar como premisa de alguna consecuencia lógica, que todas las enfermedades puedan atribuirse á la *irritación*, como pretendía Broussais. Esta doctrina produjo por la autoridad de su autor, por sus crudezas, por sus ataques y por las corrientes político-sociales de entonces, excitación y entusiasmo grandes, antes que por el valor fundamental de las revolucionarias proposiciones:

La elocuencia intrépida del rival de Laënnec, subyugó á los médicos; á pesar de la fiereza con que denostó á Brown y Bichat el autor de la escuela fisiológica, tenía ésta raíces en las ideas de aquellos, notable parecido con las de Rasori, y dió capitales apoyos á las de Rostan y Buillaud según gráficamente lo describe nuestro Varela de Montes.

Tal sistema parecido á todos los de la época, continente de errores, exageraciones y furibundos ataques, tuvo la ventaja de predicar la localización, enaltecer la importancia del tubo digestivo en patología, negar la esencialidad de las fiebres, proclamar la necesidad de la fisiología y anatomía patológicas, en la concepción médica y derruir preocupaciones nosológicas autorizadas y rancias; así que, separando la cizaña, algún candel científico puede espigarse en la escuela fisiológica del año 1816.

Para espíritus impresionables y los que no creen en la eficacia de los agentes farmacológicos en el tratamiento racional de las enfermedades, no podía aparecer un sistema más agradable y harmónico que el de la dinamización de los medicamentos, ya que su ingestión en la economía, no produce trastorno alguno que afectar pueda, ni siquiera la más exquisita sensibilidad orgánica. El médico alemán Samuel Hahnemann combatiendo el principio del inmortal Hipócrates,

*Contraria contrariis curantur*, proclamó el *similia similibus curantur*. Partió de la idea de que los enfermos deben curarse con agentes medicamentosos capaces de producir en su organismo una enfermedad parecida á la que se intenta combatir, y todo ello se consigue por las dosis infinitesimales, para no causar trastorno de consideración como inerte que resulta toda sustancia preparada según las instrucciones escritas en el *Organon* del médico alemán, verdadero código oficial de la homeopatía.

No haremos un juicio crítico de tal procedimiento posológico, por haberlo realizado muchos otros con crudeza, sino superior semejante á la empleada por Hahnemann contra sus adversarios; más ello no debe ser óbice para que nosotros señalemos afinidades entre la moderna seriterapia y el tan combatido *similia*. No diremos de la homeopatía... *Dejemos ejercer este método á los que no saben hacer el bien*, como el profesor de Terapéutica y materia médica de Montpellier, pero siguiendo á Cayol adelantemos que los sistemas médicos suelen ser ídolos en cuyas aras se sacrifican víctimas humanas! Guardémonos de esta funesta idolatría!

A pesar de la vulgar creencia de que la medicina microbiana es hija de nuestros días, no creemos impertinente señalar algo de lo mucho y bueno que pretéritos sabios escribieron en perdurables tratados, no para glorificar tales recuerdos que no necesitan de nuestras alabanzas, sino para contribuir á la veneración que merece la ciencia de anteriores siglos confirmadores de que las conquistas actuales son frutos de semillas esparcidas por los laboriosos obreros de la ciencia vetusta. Podrán tales recuerdos parecer ociosos para unos, de pedante bibliografía para otros, prescindibles para los más, pero júzguese como se quiera, nuestro bosquejo histórico pondrá acaso de manifiesto, la bondad del aforismo de Salomón cuando en su capítulo de la Sabiduría asegura que *nihil novum sub sole*.

Doctrina médica que haya tomado los vuelos de universalidad que la microbiana y en tan breve espacio, no existe en las crónicas del Arte; como si su sola anunciación resolviera los más árdulos problemas de la medicina y de la terapéutica, sin tener en cuenta que las ideas capitales son vislumbres de

apartadas centurias, noción que convierte en ridícula la pretensión de dividir las épocas médicas en dos grupos: *pastoriana* y *antipastoriana*, como si con ella se pretendiera marcar que la panspermia y sus discutibles derivaciones terapéuticas curativas fueran creaciones del grau químico francés. Olvidaron sus panegiristas que en remotas edades los clínicos y los naturalistas habían ya presentido y aún señalado la existencia y eficacia de los seres infinitamente pequeños que no pudieron comprobar por carencia de medios físicos indispensables.

El árbol del panspermismo con sus ramificaciones de la infección, antiseptis y asepsia, tiene una genealogía muy antigua; ya digimos que los médicos egipcios empleaban antisépticos para evitar putrefacciones; que en la rica colección hipocrática existen indicaciones precisas relativas á los gérmenes infectivos, manera de evitarlos, atenuarlos ó destruirlos, según demuestra el Dr. D. Miguel Sourlangas, en su *Etude sur Hippocrate*. Cierto que las nociones coacas no pueden formar por sí solas un cuerpo de doctrina, mas no debe olvidarse que el código hipocrático referente á tales extremos, es un rico venero que, aparte de la mucha escoria siempre adherida al filón, contiene enseñanzas dignas de encomio.

Serán suficientes algunas citas para probar la importancia concedida á las causas de la infección, veinte y cinco siglos atrás por el gran médico de Coos: Al *aire impregnado de miasmas morbíficos*, atribuyó Hipócrates sin número de afectos, no dejando de conceder importancia á la predisposición, al terreno, á la resistencia orgánica, ideas todas admitidas después de numerosas y prolijas averiguaciones. En capítulo muy conocido, intitulado *De los vientos*, afirma el anciano, que algunas dolencias son hijas del aire impregnado de emanaciones patogénicas, los cuales efluvios obrando sobre el cuerpo ó sus tejidos inflamados á consecuencia de traumatismo, producen las fiebres esporádicas, asegurando también en su libro *De los humores*, que de las emanaciones del fango de los pantanos, provienen grandes enfermedades. Interminable sería el índice si recorriéramos los varios tomos de la tan renombrada colección, continente de los esfuerzos men-

tales de aquellas generaciones, para aclarar la densa nube que envolvía la etiología infecciosa, á pesar de la dificultad y á través de las sombras adivinaron que debían dirigir sus interrogaciones hacia el aire, agua, fuerza orgánica, etc., como si presintieran que siglos futuros habían de comprobar experimentalmente que sus intuiciones eran la piedra angular del edificio microbiológico.

De que no sólo vislumbraron la ruindad de los seres microscópicos detentadores de la fisiología, sino de los medios de contrarrestar sus perniciosos efectos, son pruebas el sin número de agentes empleados para conseguirlo, tales como el azufre, arsénico, alumbre, sulfato de hierro y cobre; de la misma suerte Hipócrates aconsejó el empleo del agua hervida como excelente medio purificador, consejo en verdad, perpetuado y muy extendido en plena Edad Media, como lo acredita, una carta del rey D. Martín el Humano, dirigida al infante de Aragón, que militaba en Cerdeña, en la que el monarca le aconsejaba beber el agua hervida y fría para evitar las calenturas, y que siguiere además los consejos de los médicos. Por estos antecedentes y otros muchos que omitimos en gracia á la brevedad, como las prácticas quirúrgicas de Guy de Chauliac y sus discípulos, en el siglo xiv, se desprende que los antiguos, como si presintiesen que la síntesis práctica de la doctrina panspermiana sería la asepsia, y de consiguiente la limpieza, figurando como capital elemento el agua y otras sustancias esterilizadas, no dejaban en cierta clase de enfermedades y traumatismos de recomendar como medida preventiva la asepsia natural y artificial. Recordamos á este propósito, un discurso pronunciado por el Dr. Comenge, en 30 de Marzo de 1895, ante la Academia de Higiene de Cataluña: decía nuestro compañero, que corriendo el año 1483, nació en Verona un niño que fué luego el gran Fracastor, médico eminente, que mereció la gratitud del pueblo y las distinciones de los magnates, cosas de grandísima importancia, y desgraciadamente muy raras en la historia de la humanidad, la concesión de méritos y honores, al saber y á la pobreza.

Aparte de su reputada valía médica, también descrita por

el disertante (1) veamos algunas ideas del poeta médico consignada, en su obra sobre el «Contagio». Dijo el médico veronés ser el tránsito de la infección de un individuo á otro, de un miembro á otro miembro de un mismo individuo; el contagio, añade, no es más que la acción de los gérmenes virulentos trasplantados, difiere del envenenamiento, de la corrupción y de la destrucción de las partes, diferenciándose los venenos del contagio porque aquellos no pueden engendrar en un segundo individuo gérmenes parecidos á ellos como los causantes de la primitiva enfermedad y así los envenenamientos jamás son contagiosos.» Al demostrar que el contagio, no es la putrefacción por más de que puedan coexistir, ó suceder esta á aquella y sin embargo no hay corrupción en las partes; tras de esta idea notable expone otra no menos sagaz, que la acidificación del vino no depende de corrupción, antes bien parece como que ha sido inficionado éste por un contagio, es decir, invadido por gérmenes.

Teoría es esta de la acidificación demostrada experimentalmente en estos últimos años por Pasteur. Explica luego las maneras de realizarse los contagios, los medios prácticos para destruirlos y los agentes farmacológicos para combatirlos, exponiendo sorprendentes teorías acerca de la inmunidad y de la autoinfección. No podemos proseguir relatando lo mucho y bueno que legó á la ciencia Fracastor, sintiendo no poder trasladar íntegro cuanto dijo el erudito Sr. Comenge en su notable conferencia al señalar los precedentes de la doctrina panspermista. El naturalista holandés Leeuwenhoek, en 1632 examinando con vidrios amplificadores una gota de agua corrompida, notó infinidad de glóbulos que se movían con agilidad; también describió diminutos seres habitantes en las materias intestinales y en el sarro de los dientes, Federico Müller conocedor del microscopio compuesto en 1773, estudió y clasificó esos seres uniéndolos á los infusorios y estableciendo los géneros Monas y Vibrio. Lamarck, Bruguiere y Bory de Saint-Vincent, siguieron las huellas del naturalista danés, hasta que Ehrenberg con el auxilio de instrumentos más perfeccionados definió los infusorios, dividiendo la familia de

(1) Véase Clínica egregia por L. Comenge. Barcelona 1895.

los vibriones en cuatro grupos Bacterium, Vibrio, Spirillum y Spirochete, dando Dujardin, en 1841, nuevos detalles relativos al desenvolvimiento de las bacterias y reuniendo los dos últimos grupos de Ehrenberg en el solo de Spirillum; Braconnot señaló la idea del contagio y la fermentación, basándose en experimentos que venía realizando con varias sustancias químicas destinadas á destruir gérmenes; Robin en 1852 consideró que las bacterias y los vibriones eran análogos á varias algas. Heckel creó un reino intermedio entre el vegetal y el animal, intitulado Protistas, no cesando apesar de ello la divergencia para la denominación entre los naturalistas, hasta que Sedillot, el 11 de Marzo de 1878, pretendió aunar las voluntades entre los defensores de los Microzoarios y los Microfitos, estableciendo la idea de Microbio, no prejuzgando si puede ser animal ó vegetal; opinión que no prevaleció entre los ingleses y alemanes apesar de su indiscutible bondad, prefiriendo denominar bacterias á tales seres, siendo notoria la falsedad del término por indicar un concepto general, con el nombre de un género.

Los microbios obreros invisibles de la vida y de la muerte, merecen tanto *per sé* esto es, como seres del reino orgánico, como *per accidens* por sus beneficiosos y perniciosos efectos, la preeminencia que se les concede principalmente desde que el gran Pasteur colocó la primera piedra fisiológica en el estudio de tales seres con su trabajo sobre la fermentación láctica, constituyendo sus labores acerca de las fermentaciones, la más gloriosa etapa de los estudios biológicos contemporáneos. Guiado por las doctrinas de su maestro Pasteur, el notable bacteriólogo Davaine, estableció que ciertas enfermedades reconocían por causa las bacterias, siendo por consiguiente Pasteur el creador de la fisiología y Davaine el de la patología bacteriana.

De tales estudios nació la primera idea de las vacunaciones, cuya historia no describiremos por seros muy conocida y patentes por desgracia sus fracasos, debidos tal vez á que la bacteriología no obstante significar un progreso evidente, no puede servir de general criterio á la Medicina por no estar comprobado de una manera indubitable que todas las enfer-

medades sean producidas por la acción patógena de los seres microscópicos que en cada género de dolencia se acostumbra encontrar. Aun en el supuesto de que los microorganismos fueran los causantes de las enfermedades, deberíamos averiguar matemáticamente las perturbaciones funcionales que se producen en todo lugar y ocasión y saber todos los efectos terapéuticos, patológicos y fisiológicos de las sustancias inyectables de origen microbiano.

Después de la fugaz bacterioterapia, gracias á las investigaciones de Hericourt y Richet, no menos que á los trabajos de Löffler, Behring, Roux y sus admiradores ingresó con gran pujanza la doctrina seriterápica según la que se inmuniza artificialmente, suponiendo en los sueros virtudes curativas por atenuación de la virulencia de las toxinas productoras estas, al parecer, de las terribles dolencias y de productos ó actividades contrarias á la infección. La idea de la seriterapia nació de la inmunidad y ésta se consideró, desde Renault 1877, como función hemática; de aquí la inyección de sangre y sueros de animales inmunes para establecer la inmunidad artificial; vino luego la noción práctica de la inmunidad *activa y pasiva*, la conversión de las toxinas en antitoxinas por calentamiento, la incompatibilidad de algunos jugos orgánicos con los microbios y sus productos, y por fin el estudio de la célula y del humor, de la vida y de la química en la función inmunizante, cuestiones que no están resueltas al presente.

El éxito de la seriterapia en la difteria ha despertado prematuro entusiasmo en los que ya consideran á este medio como el único preservativo y curativo de todas las dolencias infecciosas que ahora lo son casi todas en opinión de los enamorados de este método, quienes olvidan que los fracasos no poco enseñan. No podemos precisar la suerte que á tales estudios les está reservada, si bien nos llama poderosamente la atención la sutileza y variabilidad de ideas para explicar los mismos hechos y el modo variado de provocarlos.

La teoría del agotamiento de Pasteur, cedió el paso á la de la retención de materias antibacterianas con la sangre de ani-

males inmunizados, la cual fué rápidamente anulada por la doctrina de Metchnikoff, la fagocitosis, que ya cede el puesto á la teoría de las alexinas cuyo principal investigador es H. Buchner y éste ve disputado su criterio por la moderna corriente de Fischer sobre la plasmolisis, no siendo de consiguiente fácil vislumbrar el finiquito de tanta sutileza científica. No es posible, por tanto, augurar cuáles serán las ideas dominantes en el tratamiento de las enfermedades por la seriterapia, prefiriendo, interín no se demuestra la constancia en el germen patógeno, aislamiento del mismo en las dolencias y tengamos estudios completos tanto osmóticos, como químicos y fisiológicos y noción exacta del exclusivismo patogénico microbiano creer como el ilustre Koch que no se podrá resolver el problema bacteriano, como sería el deseo de los amantes de la ciencia y de la humanidad.

Después de estudiadas las hipótesis, los sistemas y las doctrinas más culminantes en lo que á terapéutica se refiere, entendemos que la terquedad, la precipitación, el entusiasmo excesivo y el afán generalizador han sido y son fuentes de error, de atraso y desprestigio médico. En cambio entendemos que la experimentación con cautela y la sanción clínica son y serán fundamentos de progreso verdadero y perdurable. En medicina mejor que inventar, es señalar y sobre todo, perfeccionar lo conocido y aplicar con criterio los adelantos físico-químicos, sin olvidar que el médico trabaja sobre terreno de valor inapreciable, el hombre, y que, en la práctica curativa, es inmoralidad la ligereza, crimen la temeridad y execrables los procedimientos no piadosos ó que no se ajustan á la rectitud y á la decencia.

Es bien tener en cuenta que toda época, sistema, doctrina ó personal experiencia son respetables en sus verdades y observaciones comprobadas; que la verdad médica particular no es *toda* la verdad de la ciencia de curar, la cual nunca ha sido, ni será producto de una inteligencia, de una escuela, ni de una filosofía, sino resultado del trabajo de las generaciones acrisolado por la experiencia.

La mayor defensa de la humanidad contra las dolencias con-

siste en tener profesores sabios y prudentes que sean peritos en el conocimiento del organismo viviente en el de las causas, que pueden alterarlo y en el de los medios físico-químicos y biológicos que pueden reportar la salud, odiando las modas y desechando autoridades de folletín.

Defecto capital es dar como conocido y aplicable lo que está indicado en estudio ó pendiente de sanción en el Laboratorio ó en los hospitales; no es menor el de olvidar prácticas benéficas por otras problemáticas, sino perjudiciales.

Desfavorablemente trabaja á la Medicina, todo exclusivismo teórico ó práctico; el médico no remienda tejidos ni miembros, ni cura enfermedades, ni neutraliza ácidos; estudia y trata *al hombre*, es decir, al *microcosmos* valiéndose de *todas* las conquistas de la inteligencia en *todos* los siglos.

Tienden los humanos, á estrechar los límites de la ciencia encerrándola en círculos ficticios y así en la Medicina sistemática suele dominar un aspecto matemático, naturalista, anímico, físico, solidista, humoral, psíquico, cuando el Arte todo lo pide para su mayor vida y esplendor y todas las nociones y adelantos pueden ser útiles al terapéuta oportuno y perito; la ignorancia de esta verdad esterilizó los esfuerzos de los fundadores y sectarios de escuelas médicas y de los propagandistas de parciales descubrimientos que tomaron cada uno de ellos como total y definitiva perfección del Arte.

Al llegar á este punto, término de mi disertacion atropellada, harto fatigosa para vosotros, doime cuenta de que resta por cumplir un deber sagrado: tributar un recuerdo á ilustres profesores míos, quienes escudriñando los arcanos de la naturaleza, brindaron á los terapéutas con la vasta colección de agentes anuladores de dolencias no fatalmente mortales. Y aún en las consideradas como incurables, ¡cuántos alivios se alcanzan gracias á los medicamentos prestados á la ciencia por los hijos de la Farmacia! Copiosa es la lista de obreros infatigables de nuestra ciencia; no cabrían en corpulento volumen sus nombres gloriosos y los de las sustancias por ellos

descubiertas. Ellos son los brazos del arte de curar, de ellos procede el arsenal con que el médico lucha y vence, ellos acumularon elementos para que la ciencia consuma y realice el ideal, la aspiración, la tarea más grande y espinosa; dar la salud al prójimo.

Por esto, cuando en toda ocasión se trace el grandioso cuadro que recuerda á los médicos más ilustres y excelsos, entre ellos, porque no hay separación justa, deben figurar los modestos, sabios y maltratados farmacéuticos, violetas profesionales que aromatizan con su abnegación y conformidad á los mismos que las inquietan.

La paciente y añosa labor farmacéutica forma, de todas suertes, riquísimo y afligranado marco de la secular y magestuosa medicina práctica. A veces la ignorancia ó el genio maleante de algunas gentes, negó los méritos y calidades bienhechoras á la clase infiriendo ofensas á su reputación luminosa, á guisa de agudezas y donaires. ¡Inutil y punible labor! ¡Ni uno ni cien astros mortecinos y opacos roban al firmamento su cualidad esplendente! A esas escorias profesionales, si existen, á esos espíritus apagados á la virtud y encendidos por ruines pasiones, é ideales viles de lucro, se amoldan los mas grandes reproches, mas no á los amantes del progreso en todas sus múltiples y variadas manifestaciones, no á los alucinados de buena fé, engañados por el mismo deseo de perfección que comunica á veces con harta imprudencia y como si la razón se perturbara, caen en el error por una serie de concausas que arrancando de una falsa idea primordial, empañan el brillo y esplendor de la verdadera ciencia á la que prostituyen, conduciéndola por natural soberbia una veces, por fatalidad otras, por maldad ó exclusivismo las menos á través de viciosos senderos. ¡Cuán sensibles procedimientos!

La verdad en las ciencias experimentales no consiste en amontonar observaciones sino en el hallazgo de consecuencias lógicas y comparables apoyadas en el testimonio de otros que, aparte de las propias experimentaciones, las hayan tambien sancionado. La verdad lo mismo en filosofía que en cien-

cias biológicas, no puede ser sino una, de ahí que San Agustín ocupándose de tal asunto asevere que la verdad objetiva es lo que es, deduciendo lógicamente que el error objetivo ó sea lo falso es lo que no es, esto es el absurdo, el imposible. Si ciertas inteligencias honradas se adhieren á la falsedad objetiva, lo verifican por parecerles verdad, por lo cual la verdad subjetiva, el conocimiento verdadero, es decir, la idea es verdadera cuando el objeto conocido en ella se halla conocido tal cual es en sí.

¡Cuántas no deberán ser las apariencias de verdad que reunen y habían reunido ciertas teorías médicas en sus aplicaciones terapéuticas, cuando son y han sido tantos y de tan indiscutible valía los que la profesan de buena fé! ¡Cuánta habilidad sofística derrochada para poder convencer á tanta personalidad médica ilustrada! No debemos, ni podemos confundir bajo ningun concepto á los que de buena fé dan asenso á los sofismas juzgándolos verdades, con los que conociendo la falsedad finjan creerla y no la creen; en estos el vicio radica en el entendimiento puesto que viendo y de consiguiente conociendo la verdad finjen no verla, son falsarios, gente sin pudor, merecedora de toda repulsión, seres abyectos que fingiendo convicciones para explotar á otros menos ilustrados abusan de la buena fé de los dolientes con manifiesto escarnio de la ciencia, cometiendo, por consiguiente, un crimen de lesa humanidad.

No quisiera para honra y prez de la gran familia Médica que existiera uno solo de sus hijos á quien pudieran cuadrarle tan duros epítetos...

Esto deseo, esto anhelo para honra de la profesión y bien de la humanidad.

¡Ojalá que el siglo XX sea una era de prosperidad y de gloria para la farmacia, de inusitado esplendor para la terapéutica, de menoscabo y de ruina para los males que afligen á la humanidad: tan bellos ideales acaso se alcancen por el estudio experimental sin pasiones ni apremios egoistas y por el decoro profesional de cuantos se dedican á la ciencia de Esculapio!

HE DICHO.



CONTESTACIÓN

DEL

Dr. D. Carlos Calleja y Borja Tarrius

ACADÉMICO NUMERARIO





*Sr. Presidente:*

*Señores Académicos:*

Señores:

**S**i ahora os dijera que ineludible deber académico me obliga á contestar al Sr. Puigpiqué, de fijo mentiría, pues no la obligación, sino el deseo me llevan á molestar vuestra atención. Amistad no de luenga fecha, pero muy firme, leal y desinteresada; admiración al talento; ferviente culto á la acrisolada honradez; al espíritu infatigable de trabajo; son lazos que me unen con el nuevo académico. Es el Sr. Puigpiqué, uno de aquellos hombres que no engañan; así como en su cara domina la línea recta, en su conciencia no hay plegaduras, no hay superficies curvas, toda ella es un inmenso plano en el cual chocan y rebotan las malas ideas, las malas acciones; es algo así como un espejo misterioso, en el cual no se reflejan más que imágenes de puros contornos, pues aquellas otras de desmedrado dibujo que necesitan espejos cóncavos, para que los incautos crean que son de tamaño natural, en el espíritu del Sr. Puigpiqué no encuentran albergue.

En el discurso que acabais de oír, se retrata de cuerpo entero el nuevo académico. Traslúcese en la disertación una inmensa ánsia del que vá en busca de la verdad por los rectos

caminos de la honradez y del trabajo, y así Puigpiqué fustiga con mano dura á todos aquellos que han hecho de la Ciencia, vil meretriz esclava de su espíritu sectario, ó de su desmedida ambición de lucro personal.

Unid á estas condiciones de fondo, las de forma, tales como la erudición demostrada en el presente trabajo, la corrección de la frase, la pulcritud en el empleo del hermosísimo idioma castellano, y creo que conmigo habeis de pensar que al abrir de par en par las puertas de esta Corporación, al nuevo socio, habremos hecho la adquisición de un académico de cuerpo entero.

Y basta de elogios, que temo se interpreten, siendo expresión de la verdad, por exceso de cariño, y pueden á la par ofender la modestia, quizá un tanto ruda, pero muy sincera, de nuestro nuevo compañero.

---

Préstase el discurso acabado de leer, á una serie de comentarios interesantes, pero mucho me temo que la insignificancia del que ahora se honra al dirigiros la palabra, defraude vuestras esperanzas, pues á la trascendental importancia del tema elegido por el nuevo académico, corresponde poner digno remate, que otros mejor que yo, con más méritos y más ciencia, hubieran podido colocar. Por desgracia, estos comentarios han de ser muy dolorosos, no para la ciencia y arte de curar, sino para aquellos que la ejercieron y no supieron ó no quisieron sustraerse á múltiples influencias nocivas, que desviaron de su natural cauce, las serenas aguas que habian de verterse en el inmenso mar de la verdad, tras de marcha tranquila, despues de engrosar su caudal con los inapreciables datos de la observación y la experimentación, recogidos de manantiales purísimos, donde ningún principio extraño viniera á enturbiar la diáfana masa de la más humanitaria de todas las ciencias; antes bien, prefirieron los tales, encaminar las corrientes por entre riscos y despeñaderos, que si consiguieron abreviar el camino, transformando lo que debía ser manso río

en impetuoso torrente, lograron á la par enmascarar la inmaculada pureza de la ciencia, con mil detritus de errores y prejuicios de escuela, sin provecho fertilizante para los vecinos campos, que al fin y á la postre viéronse, y aún se ven, exhaustos de riego, lánguidos, próximos á morir, si es que manos caritativas no se empeñan en la titánica tarea de suprimir obstáculos, poner diques, y encauzar corrientes para que las devastadoras olas no arrastren la tierra vegetal; antes al contrario, depositen limo vivificante que restaure las energías perdidas en tantos siglos de lucha.

Consultando la historia de la evolución de las ciencias médicas, apena el considerar cuánto esfuerzo inútil, cuánta sutileza desperdiciada, cuánto ingenio derrochado sin provecho alguno, por la inmensa falange de hombres sabios que en todas épocas brillaron con esplendente luz; y es que subyugados por tal ó cual escuela, por tal ó cual principio establecido *á priori* y sin la suficiente sanción de la experiencia, se trasformaron no en discípulos del gran Hipócrates y continuadores de sus doctrinas, sinó en paladines de un exclusivismo filosófico; así es que no debe extrañarnos que desfiguraran los hechos, no los quisieron ó no los supieron ver, y los interpretaron según su credo metafísico. Por desgracia nuestra, aún en los actuales tiempos impónese en muchos casos al sano criterio, la forzada manera de pensar de unos cuantos, que ni son los más ni los mejores, y todavía se añade el influjo de la moda, que supedita la terapéutica á su capricho, sin tener en cuenta los purísimos ideales de la Ciencia y los altos servicios que la Humanidad espera de ella.

Por estas razones, la figura del gran Asclepiade crece cuanto más de ella nos apartamos en el tiempo, por que el insigne médico de Coos no sentó ninguna doctrina sin que la atenta observación múltiplemente repetida, la confirmase en todas sus partes. Galeno que pudo ser el continuador de su obra, pues talentos no le faltaban, teorizó más de lo que á la Ciencia convenía; por eso pecaron pronto de inconsistentes sus teorías; y aún así y todo, tras de él vinieron otros sabios que hi-

cieron buenas sus elucubraciones. En efecto, no hay más que detenerse á pensar el inmenso retroceso que representó para la anatomía patológica el concepto que de la inflamación tuvieron Stahl, Van-Helmont, Boherave, con relación á la maravillosa descripción que de tal proceso había hecho el médico de Pérgamo.

Los exclusivismos filosóficos aplicados á nuestra ciencia no han traído más que detenciones en la marcha progresiva de la terapéutica, creando un estado perjudicial, igualmente nocivo para la misma Ciencia y para la Humanidad. ¿Por qué sino los resultados obtenidos por la terapéutica actual son más consistentes?; porque los médicos en su gran mayoría han prescindido de cuanto signifique prejuicio y basándose en un positivismo racional han buscado hechos y más hechos, sin necesidad de apelar á extrañas teorías hipotéticas que para nada sirven, y que establecidas *a priori* dificultan la formación de un juicio que únicamente la observación atenta, y la sanción experimental son capaces de establecer. Y hágase cuenta que todavía quedan muchos resabios cuya desaparición se hace necesaria, resabios que se derivan de un inmoderado afán de generalizar, que si en algún ramo de los humanos conocimientos, puede ser útil en ciertos casos, en el nuestro no sólo es inútil sino que se transforma en altamente perjudicial. Creer que observado un hecho, reproducido un fenómeno, todos los demás han de sujetarse á la mismas leyes y producirse en las mismas condiciones, es insigne tontería, pues siempre hay que tener presente el objeto de nuestro estudio que es el hombre, en cuya organización domina un mecanismo complejísimo, y en la cual nada hay sencillo desde el elemento anatómico hasta el más noble de los órganos; complejidad que dimana por una parte de la estructura y morfología como caracteres estáticos, y por otra de la constante inestabilidad química, que en último término es la razón suficiente de la vida.

Urge, pues, poner término absoluto á disquisiciones sofísticas, fundamentándose las ulteriores doctrinas médicas en la

realidad, que tiene por base la observación y la experimentación, para que de esta suerte las futuras teorías no se encuentren sujetas al capricho de sus autores, ó á los embates de las creencias filosóficas dominantes, que no tienen más razón de ser que una polarización morbosa del espíritu humano.

En este concepto la nueva obra no ha de ser únicamente demoleadora, es necesario que cree y para crear se hace preciso que aproveche materiales de valor inestimable que nuestros antepasados nos legaron; porque hay que confesar que entre la inmensa cantidad de seca hojarasca, encuéntranse tiernos brotes que en condiciones abonadas han de transformarse en seculares árboles de fresca sombra y tupido ramaje.

Sugiérenme tales reflexiones la lectura del discurso del Sr. Puigpiqué, en el cual habreis notado citas eruditísimas confirmatorias de cuanto dejo expuesto. Como yo, creo que habreis sacado la impresión de que pecamos los modernos, de un desden, injustificado quizás en demasía, para los que nos precedieron en el difícil arte de curar, pues como dice muy bien el nuevo académico, la doctrina microbiana, justo timbre de gloria del pasado siglo, fué entrevista, mejor diré, sospechada por los sagaces espíritus de Hipócrates, los médicos de la escuela árabe, Leeuwenhoeck, etc.: ¿qué significa el aforismo hipocrático de *Pesimum coelum est id quod aegrotare*, sino la necesidad imprescindible para el enfermo aquejado de dolencia infectiva del abandono del medio ambiente en el cual adquirió aquella? ¿qué es lo que los modernos hemos añadido al tratamiento local seguido contra la pústula maligna por los médicos árabes del califato de Córdoba, sino sustituir el hierro candente, por el termocauterio?, ¿por qué los antiguos emplearon los cocimientos antipútridos en las curas de las heridas sino para precaver la infección? De esta suerte estenderíame en amplias consideraciones que temo fatiguen vuestra atención, para concluir con Puigpiqué, *nihil novum sub sole*. Es necesario, pues, dejar sentado que si la teoría microbiana no fué sólidamente cimentada hasta la

aparición de la inmortal figura de Pasteur, los materiales ya se hallaban preparados por los investigadores que sin medios para explicarla presintieron la doctrina panspérmica. Inútil de todo punto me parece consignar aquí las múltiples y provechosas consecuencias que la terapéutica ha sacado de esta teoría la más sólida de cuantas en medicina se han sustentado, pero sí he de hacer notar con persistencia, que cual ha ocurrido con otras mil doctrinas, se ha exagerado en grado máximo hasta ser necesario en los presentes tiempos, limitar un poco los entusiasmos prematuros, y dejar las cosas en sus racionales límites.

Estas exageraciones á nada bueno pueden conducir y perjudican notablemente el crédito de un conjunto de conocimientos que merecen el mayor respeto, por parte de todos, puesto que la experiencia los ha sancionado.

Dos puntos principales se presentan á nuestra consideración, y en los cuales, segun mi criterio se han llevado las consecuencias más allá de sus naturales términos; uno es el relativo á la *especificidad microbiana* y otro el que se refiere al tratamiento de las dolencias infectivas por medio de la sueroterapia.

Respecto del primero, parece afortunadamente que las corrientes vuelven á encauzarse, pero sin embargo, y con el fin de que sirva en todos los momentos de norma de criterio, bueno será tener presente cuán expuesta á error es la creencia de algunos exaltados de que en las enfermedades infecciosas todo debe sujetarse á la fórmula; «para tal enfermedad tal microbio» sin tener en cuenta los numerosos factores que integran el cuadro complejo de una infección. Prescindiendo ahora de la variabilidad no ya solo de funcionalismo, sino que tambien de forma, es decir, de condiciones puramente estáticas, á que se hallan sujetos los microbios segun las alteraciones que se produzcan natural ó artificialmente en el medio cósmico, conviene no perder de vista que en las infecciones hay un organismo enfermo, que reacciona diversamente segun la causa, segun el punto donde tal causa haya obrado, y final-

mente según otras condiciones de índole puramente individual, y por tanto difíciles de determinar. Teniendo presente estas consideraciones comprenderemos como es posible que un mismo microbio produzca diversos efectos derivados unos de su especial fisiologismo en determinadas condiciones del medio ambiente, y otros procedentes de la diversa manera de reaccionar el organismo elegido como víctima de sus ataques. Así podremos explicarnos, como el pneumococo desarrolla un poder mucho más tóxico en los animales, que el que presenta en la infección natural que el hombre padece; como es distinto el cuadro morboso en la inoculación experimental del *streptococcus pyogenes* según se haya elegido una u otra puerta de entrada... Podría de esta suerte multiplicar los ejemplos que están seguramente en la memoria de todos, pero no quiero pasar por alto las sutilezas que algunos bacteriólogos han empleado para defender la individualidad de ciertas bacterias, que en el sentir de otros, más ajustados á la realidad según mi modo de pensar, no son sino variedades de una sola especie. La prueba de que los segundos son los que van por el camino recto, es que los primeros fundamentan sus pretendidas distinciones en caracteres secundarios y las más de las veces puramente accidentales. ¿Es dato por ventura de gran valía para separar el báculo de Eberth, del *coli commune* y del *lactis aerogenes*, el número de flagelos, la mayor ó menor rapidez en la coagulación de la caseína, la presencia ó ausencia del indol en los cultivos, cuando sabemos que variaciones en el medio nutritivo, en la cantidad de oxígeno etc., pueden con facilidad transformar una especie bacteriana que se reproduce por esporulación, caracter esencialísimo, en un micro organismo asporógeno y que esta cualidad en determinadas condiciones se transmite por herencia? ¿Podemos hoy pensar como Strauss que los micro organismos de la tuberculosis humana y de la aviaria, son especies distintas, cuando sabemos que hasta los animales de sangre fría pueden padecer aquella infección provocada por el mismo microbio, y el cual varía su virulencia según el organismo en el cual anida?

Véase pues, con cuanta cautela hay que proceder en este asunto para no caer por un lado en el especificismo exagerado, ó por otro, como Zopf, Buchner y algunos más, en la negación absoluta de la pluralidad de las especies microbianas. Perdonadme que me haya detenido en este asunto, pues le creo de tal trascendencia, que sin tener una norma fija acerca de él, los corolarios terapéuticos que se deriven han de pecar necesariamente de faltos de sólido cimiento.

Con respecto al tratamiento de las infecciones, no debemos nunca perder de vista que las bacterias son elementos celulares y que el esquema de su organización, no es más que un caso particular de la arquitectura general asignada á cualquier elemento anatómico, sea de procedencia vegetal ó integrante de una colonia celular animal, tanto más cuanto que los recientes trabajos de Erust, Nils-Sjöbring, Trambusti y Galeoti y Mitrophanow, han señalado la constante presencia de núcleo en tales seres; por consiguiente cuanto daño á la bacteria, podrá dañar á las células de nuestros tejidos, y por ende cuanto tienda á destruir á aquellas causará grave quebranto á éstas.

El relativo éxito obtenido por la sueroterapia antidiftérica, ha sido causa de que se extremen los entusiasmos, sin que la sanción clínica haya venido aun á demostrar que lo que en un caso particular pudo ser beneficioso se transforme en procedimiento general aplicable á todos los procesos infectivos. Y es que no se ha tenido en cuenta que con el suero antidiftérico no se actúa directamente sobre la bacteria sino sobre sus productos de excreción, neutralizando sus efectos tóxicos por la inyección de substancias que disgregan moléculas, oxidan ó reducen pues el mecanismo químico mediante el cual actúan en los cuerpos aun nos es completamente desconocido. Ha llegado el absurdo en este punto á tal extremo, que se ha querido proceder de la misma suerte con infecciones cuya génesis es completamente distinta. En efecto, comparemos la difteria con cualquier otra infección, y veremos que en aquella domina sobre todo lo demás un carácter de toxicidad marcadísimo,

que mientras que en la primera el microbio casi no traspasa los límites del sitio donde se realizó la primera siembra, en otras infecciones las bacterias se extienden por todo el organismo, penetran en el torrente circulatorio, allá se multiplican y crean focos múltiples en hígado, bazo, ganglios linfáticos, etc. Aun sin apartarnos de la difteria, no cabe dudar que la aplicación del suero requiere condiciones precisas de oportunidad, anteriores al establecimiento de cualquier lesión en los elementos más nobles de la organización, cuales son las células nerviosas. Por estas razones el tratamiento sueroterápico de la tuberculosis ha de tropezar con obstáculos insuperables que derivan también de la complejidad de las lesiones provocadas por el bacilo de Koch. ¿Cómo es posible con la inyección de un suero llegar á restaurar vesículas pulmonares destrozadas, convertidas por fusión de los elementos necrosados en campo abonado donde cien distintas bacterias suman sus efectos á los iniciados por el microorganismo fimógeno? Sería necesario elaborar tantos sueros curativos cuantas fueran las bacterias que secundariamente anidasen en los órganos atacados por el bacilo de Koch.

Contentémonos pues, con lo que hasta lo presente hemos conquistado, que no es poco, y tratemos de buscar nuevas orientaciones á la terapéutica de las infecciones que con querer generalizar, vicio constante de los que á Medicina se dedicaron, perdemos tiempo y energías; pues si porque en la difteria se ha obtenido un relativo éxito con el suero antitóxico, tratamos de aplicar este procedimiento á las demás infecciones, no veo la razón por la cual no debemos emplear el tratamiento mercurial en otros procesos tales como el muermo, la actinomicosis, la lepra, etc., que al igual de la sífilis son flegmasias crónicas proliferativas.

Por estas consideraciones, forzoso es consignar que aun á pesar de los grandes progresos realizados por las ciencias médicas, en la actualidad y en la mayoría de las infecciones nos hallamos reducidos á tratar solo síntomas, y para ello nos hemos de valer por ahora y quizás durante mucho tiempo del

arsenal farmacológico. La única solución posible en tal problema es la profilaxis tanto colectiva como individual, pues no cabe duda que la experiencia cada día nos confirma con mayor fuerza, que más vale prevenir que no curar.

Algunos comentarios más añadiría al discurso que acabáis de oír, pero temo ya abusar de vuestra bondad, y voy á dar punto á mi tarea, no sin antes saludar desde este sitio á la clase á la cual pertenece el Sr. Puigpiqué, pues como él dice, los farmacéuticos representan en el arte de curar el brazo que obra, sin cuyo auxilio quedarían sin realización material, en perjuicio de la Humanidad las más luminosas ideas. Hora es ya, de que dejando de lado rozamientos, marchemos unidos cual siempre debimos estarlo, médicos y farmacéuticos, con la frente muy alta y la conciencia serena, pues entre nosotros, no se alberga ni debe albergarse, ninguno que de su profesión haga objeto de vil comercio, ninguno que explote en provecho propio el dolor de sus semejantes, nadie capaz de apartarse del recto camino que la más estricta moral manda seguir, á los que desde el momento en que recibieron su título, contrajeron ineludibles deberes de conciencia, para con ellos mismos, para con sus semejantes y para con Dios.

Pensemos en que la misión que la sociedad nos confía es la más alta de todas, que constituye un sacerdocio el devolver al prójimo la salud del cuerpo y del alma, y que todo lo que de esta norma se separe, es punible delito, más aún, crimen sin redención posible.

Puigpiqué es de aquellos privilegiados para los que su profesión constituye estrecha religión, ejerciéndola con amor, con entusiasmo, ampliándola con destellos de la más hermosa de todas las virtudes, la caridad. La medalla, que ahora váis á entregarle Sr. Presidente, justo galardón es á sus merecimientos, y la Academia al saludar por mi conducto al nuevo socio hállase satisfecha y alegre al contar desde hoy entre sus miembros al ilustrado y modesto farmacéutico de quien mucho espera para honra y provecho de la Corporación.

HE DICHO.

